

COMONFORT Y LA INTERVENCIÓN FRANCESA

Rosaura HERNANDEZ RODRIGUEZ
Universidad Nacional de México

CUANDO IGNACIO COMONFORT derogó la Constitución de 1857, tanto liberales como conservadores lo acusaron de llevar a la patria a una guerra fratricida.

Al dejar la presidencia después de su golpe de Estado, salió del país y aparentemente quedó desligado de la política. Sin embargo, los liberales moderados enemigos de Juárez, aprovechando los rumores de una próxima guerra extranjera, sondearon la opinión pública sobre el regreso de Comonfort.

Hubo varias proposiciones para traerlo; una de ellas, de los liberales moderados, pedía que el Congreso de la Unión, erigido en Gran Jurado, lo juzgara, ya fuera por petición del mismo don Ignacio o de la legislatura de algún Estado, como ocurrió en los casos de Juan José Baz, Manuel Payno y otros personajes que intervinieron en el golpe de Estado de 1857. La de los liberales radicales se dejó escuchar en labios de Ignacio Altamirano quien, al tratarse el caso Payno, atacó duramente a Comonfort:

...Comonfort ha venido ya a asomar su cabeza a las puertas de la República esperando, con su sonrisa falsa, la absolución de Payno, que le allanará el camino. ¿Tendremos miedo a Comonfort, de quien se dice por sus afectos que estará aquí dentro de seis meses triunfante?... El traidor de diciembre viene a pretender el mando supremo, porque confiará en que el pueblo mexicano es tan olvidadizo y versátil, como él lo conoció. Es preciso manifestarle que se equivoca. Castiguemos a Payno y en vez de arrojar a los pies de Comonfort las flores de la adulación y las llaves de la República, arrojémosle la cabeza de su cómplice...¹

En vista de esto, la actitud del propio Comonfort fue escribir al presidente Juárez, ofreciéndole sus servicios mili-

tares, con lo cual reanudaron su antigua amistad y, aún cuando no conocemos la carta que don Benito le contestó, Comonfort la comenta bien, asaltándole únicamente el temor de que las buenas intenciones del presidente fueran obstaculizadas por aquellas personas que tomaban como bandera el odio a su persona.²

La situación anárquica de Tamaulipas permitió que Comonfort entrase al país: don Jesús de la Serna y algunas tropas adictas a él se encontraban en pie de guerra para desconocer al gobierno, y Santiago Vidaurri, como gobernador y jefe militar de los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, confió a Ignacio Comonfort el mando de tropas que resguardarían la frontera del último Estado, pues había continuos problemas con los Estados Unidos de Norteamérica ya que la escasa vigilancia del lado mexicano daba lugar a que numerosos malhechores se internaran en nuestro país, cometiendo fechorías. La misión de Comonfort consistía en pacificar Tamaulipas, resguardar su frontera norte y el litoral en caso de guerra extranjera.

Los brotes de rebeldía en Tamaulipas fueron sofocados con la presencia de los cuatro mil hombres de Comonfort, que obligaron a los de Serna a desistir de sus propósitos. Fue la primera ocasión en que Comonfort apareció nuevamente en la escena pública con el aplauso —al menos— de la gente del norte, que admiró su tacto e inteligencia para manejar a las tropas. Los periódicos locales comentaron que, con su llegada, el orden y la tranquilidad garantizaban la estabilidad del gobierno constitucional.

Transcurría abril de 1862 cuando Ignacio Comonfort dirigió su primera proclama a los soldados bajo sus órdenes, pidiéndoles la más estricta disciplina, pues no permitiría ninguna murmuración en contra del gobierno que atravesaba por dura crisis, debida a las elecciones de diputados y al conflicto exterior.

Una vez pacificado Tamaulipas, los esfuerzos del jefe de las armas se concretaron a disciplinar y adiestrar a sus niños soldados. Eso, de por sí, presentaba problemas para cualquier jefe de tropa, y en el caso de Comonfort doblemente,

pues entre sus subordinados por muy ignorantes que fuesen, no estaba oculta su actitud política del año 57. Su presencia en México fue muy discutida, se le tenía desconfianza, algunos periódicos lo hostilizaban y, por lo tanto, su labor se veía entorpecida por el ambiente que en su contra se había formado. Sin embargo, algunas personas todavía confiaban en él y emprendieron una lucha tenaz para reivindicarlo. Uno de ellos fue Santiago Vidaurri a quien le debió el mando militar de Tamaulipas y la ayuda en hombres y dinero provenientes de Nuevo León. El gobierno federal se concretó a rehabilitar a Comonfort en su empleo de general de división con la autorización de recabar fondos para el sostenimiento de sus tropas.

Las fuentes de ingreso más seguras en Tamaulipas eran las aduanas marítimas, aun cuando casi no dejaban utilidad a las provincias, ya que la plata, principal objeto de exportación que salía por Tampico, pagaba sus derechos aduanales en el interior.

Como el conflicto con Francia hacía necesario reconcentrar tropas en el centro del país, le fue ordenado a Comonfort que marchara a la capital por el rumbo que creyera conveniente, trasladando la División del Norte a su mando que debería sostener con los productos de las aduanas de Tampico y Matamoros.

Veracruz era la zona de penetración de las fuerzas invasoras, y la división del norte debería marchar a auxiliarla y situarse entre el cerro del Borrego y Jalapa, pero hubo de abandonarse esta idea porque surgieron inconvenientes para llegar oportunamente, como el clima y escasez de recursos de la costa. Sólo el traslado de esta división de Tampico a Puente Nacional o Soledad en Veracruz, era calculada por el comandante en más de treinta y cinco días, cubriendo una distancia de doscientas cuarenta y tres leguas.

AL APROXIMARSE LOS FRANCESES a la capital, el gobierno elaboró un nuevo plan de ataque en el que el Ejército de Oriente, más próximo al enemigo, debería ser auxiliado por un ejército llamado del Centro, cuya jefatura fue dada a Comon-

fort. Este cargo le fue conferido en octubre de 62 mientras el Ejército de Oriente resistía penosamente el avance francés. Las tropas de que podía disponer el ejército auxiliar estarían integradas por un núcleo formado por la División del Norte, además de las tropas existentes en el Distrito Federal, no incluyendo las brigadas de Jalisco y Michoacán que irían directamente a colaborar con el cuerpo de Oriente. Se dejó a Comonfort el entrenamiento de estas tropas para que quedaran listas a presentar combate al enemigo.³

El nombramiento de Comonfort como Jefe del Ejército del Centro, desató las censuras de sus enemigos que veían en el mando de un número considerable de tropas, un peligro para un nuevo golpe de Estado. No andaban muy equivocados, pues si las fuerzas puestas bajo el mando de Comonfort no eran destinadas a enfrentarse directamente a Juárez, sí servirían para que su general luciera sus dotes militares en busca de reivindicar su nombre al luchar contra el invasor francés. Este nombramiento fue discutido acaloradamente en el gabinete de Juárez, y originó que Manuel Doblado, entonces Ministro de Relaciones, abandonara su puesto. La separación de Doblado restaba apoyo a Comonfort y desintegraba el grupo moderado del gabinete, por lo que Manuel Siliceo se apresuró a escribir a Comonfort a raíz de los ataques expresados por Zarco. Los liberales, según Siliceo, sólo deberían clasificarse en:

...liberales picaros, ladrones, intolerantes, exclusivistas, ambiciosos y locos y de liberales hombres de bien que huyen de enuciarse con aquellos, pero que con más patriotismo que ellos, sin cacarear tanto, en el momento supremo sabrán manifestarlo, sosteniendo el honor, la dignidad de México, defendiendo a la Patria...⁴

Ya en camino hacia la capital, la División del Norte fue enterada del desastre sufrido por González Ortega en el cerro del Borrego y como la marcha a Veracruz incluía el paso por la Huasteca, decidió el general en jefe escoger el camino de San Luis Potosí, más cómodo para transportar la artillería.⁵ A la columna se le agregaron fuerzas del segundo distrito del

Estado de México y las de San Luis. También se facultó a Comonfort para organizar tropas y proveerse de armamento y recursos en el mismo Estado de San Luis Potosí, y en los de Zacatecas y Michoacán.⁶

Parecía inminente que los franceses se apoderaran de Puebla y que su objetivo próximo fuera la misma capital de la República. Los moderados deseaban defenderla hasta lo último, mientras los puros, al parecer, sólo le concedían una importancia pasajera. Los primeros afirmaron que si los franceses ocupaban la ciudad de México, sería cosa de cuatro o seis años el tiempo necesario para expulsarlos y que los gobiernos extranjeros reconocerían al instalado en la capital. El grupo, si bien quería defender la capital, pensaba más bien en seguir gobernando a salto de mata como lo había hecho durante la guerra de Reforma.⁷

Aparte de los problemas económico-militares que traía como consecuencia la toma de la capital, los amigos de Comonfort complicaron más las cosas al pedir a éste que formara una coalición o liga de los Estados de la República y eliminara a Juárez, pues consideraban que su gobierno no resistiría la invasión francesa y sucumbiría, precisamente, al abandonar la capital.⁸ Sin embargo, personas más sensatas, como Ezequiel Montes, comentaban que la coalición (en la que se mezclaban los nombres de Vidaurri, Doblado y Comonfort, parecía totalmente imposible, a menos que Comonfort hubiese perdido el juicio.⁹

Comonfort, manteniéndose en lo posible al margen de estas sugerencias, afirmó varias veces que él sólo serviría a su patria como soldado y que en momentos tan críticos no debía censurarse al gobierno, sino prestarle todo su apoyo para expulsar al enemigo:

...México necesita hoy de la cooperación y abnegación de todos sus buenos hijos y yo he querido ser de los primeros en dar este ejemplo para manifestar que en las presentes circunstancias debe cesar toda consideración extraña a la defensa nacional".¹⁰

La vuelta de Comonfort al ejército inquietaba no sólo a los políticos, sino también a los militares en servicio, como

al propio Ignacio Zaragoza, jefe del Ejército de Oriente, quien mandó reprimir los brotes de alegría que algunos soldados expresaron al enterarse de la posibilidad de que Comonfort asistiera a la defensa de Puebla.¹¹ La muerte de Zaragoza terminó con las rencillas que pudieran haber existido entre los dos jefes, pero enfrentó ante la opinión pública a González Ortega y a Comonfort. La solución presidencial resolvió en parte el problema, dejando a González Ortega el mando de Oriente y destinando a Comonfort a ser el enlace entre el poder Ejecutivo y el Ejército de Oriente.

El plan de campaña del gobierno consistía en dar el mayor apoyo en elementos humanos y provisiones al Ejército de Oriente, sirviendo el del Centro para coordinar las operaciones entre el Presidente de la República, la Secretaría de Guerra y el general González Ortega, sin que el grupo de Comonfort interviniera directamente en la lucha contra el enemigo, debiendo, únicamente, distraer la atención de éste para facilitar los movimientos del cuerpo de Oriente.

La toma de Puebla era clave; su caída llevaba consigo la de la propia capital de la República, así como la pérdida del camino a Veracruz. De este modo, Puebla se convirtió en el escenario en el que dos figuras políticas, al mando de los dos principales ejércitos mexicanos, se disputaran, no sólo la gloria militar, sino también la suprema magistratura de la nación. Juárez, al confiar la defensa del país a estos dos hombres, arriesgaba en mucho su propia suerte; por lo tanto, equilibraría sus fuerzas, reservándose el mando supremo sobre los dos generales, aún tratándose de la estrategia militar.

La amistad de Comonfort y González Ortega se fortaleció. Obligados por las circunstancias, colaboraron en la defensa de Puebla, sufrieron juntos la precaria situación de sus tropas y la crítica de la opinión pública. Naturalmente, esto fue momentáneo, pues González Ortega, después de haber capitulado, aunque honrosamente, señaló que la plaza se había perdido por la ineficacia del Ejército del Centro.

Por otra parte, los conservadores, al mando del general Tomás Mejía, atacaron Querétaro; de caer esta ciudad la de México se vería amenazada por dos puntos: al Oriente por

los franceses y al Occidente por los reaccionarios de Mejía. Para defenderse de éstos, Comonfort debería enviar mil quinientos hombres y reforzar al general Arteaga, defensor de esa plaza. Las órdenes fueron terminantes a pesar de las protestas del jefe del Ejército del Centro quien informó al Ministro de la Guerra que sus hombres carecían de armamento y del entrenamiento necesario, pues la mayoría procedía de los cuerpos de Guardia Nacional, y que la única división en la que podía confiar era la del Norte, entrenada por él mismo, y que sugería fuera la que vigilara la capital, mientras que la Guardia Nacional del Distrito Federal recibía instrucción en los campos cercanos. Comonfort insistió en que si se restaba una tercera parte a sus tropas, no podría presentar una defensa efectiva en caso de que los franceses avanzaran a México como era de esperarse. La resolución presidencial fue de que se enviara el auxilio a Querétaro y que las tropas de Comonfort regresaran en caso de no ser necesaria su presencia allá; así sucedió, quedando una parte del Ejército del Centro entre Arroyo Zarco y San Juan del Río, ya que no fue necesaria su llegada a Querétaro, gastándose así inútilmente esfuerzo material y humano.¹²

Para el aprovisionamiento del Ejército de Oriente, el gobierno autorizó al jefe del Ejército del Centro, a disponer de las rentas públicas del Distrito Federal, Estado de México, San Luis, Zacatecas, Michoacán, Nuevo León y Coahuila, a ocupar propiedades particulares en el Distrito Federal y a pagar a los dueños el arrendamiento o importe de sus fincas, dando aviso a la Secretaría de Hacienda.¹³ Basado en esto, Comonfort solicitó del Estado de México trescientas sesenta mil raciones alimenticias, prometiendo, a nombre del gobierno general, que se pagaría a los particulares en bonos. Inútil es decir que esta ayuda fue casi nula, pues dicho Estado carecía de recursos.¹⁴

TODOS ESTOS MOVIMIENTOS habían colocado a Ignacio Comonfort en una muy buena posición dentro de la política del país, pero sus amigos querían más, ansiaban verlo combatiendo y derrotando a los franceses y así lo esperaron cuando

el cuartel general del Ejército del Centro quedó situado en San Martín Texmelucan, con un grupo de jefes de los que se esperaba lo mejor: Anastasio Parrodi, José Durán, Ramón Iglesias, José María Yáñez, Florencio Villarreal, Pedro Hinojosa, Tomás Moreno y Manuel Pueblita.¹⁵

Difícil era para las tropas mexicanas, escasas y mal armadas, atacar a los franceses; lo único que podían hacer era distraer por varios puntos su atención para que disminuyera el ataque a Puebla. Antes de que se iniciara éste, los franceses procuraron dominar las regiones que aseguraban mejores mantenimientos, como Atlixco, la hacienda de Chahuac, rica en cereales, y Huejotzingo abundante en frutos y ganadería. La ofensiva de diversas columnas del Ejército del Centro logró replegar a los franceses en Cholula, evitando que se apoderaran de toda la región y en especial de Chahuac, hacienda que fue saqueada y quemadas las casas de los peones.¹⁶ Estas operaciones traían como consecuencia la necesidad de más caballos, artillería y hombres para cubrir una línea aproximada de doce leguas. Comonfort, en sus partes al Ministerio de la Guerra, explicaba su difícil situación por la escasez de tropas y elementos de combate, suplicándole que calmara las opiniones tanto públicas como privadas en el sentido de que la lentitud de movimientos del Ejército del Centro, no satisfacía a las necesidades, ya que estas críticas perjudicaban el estado de ánimo tanto de tropas como de jefes y oficiales:

...seguiré haciendo esfuerzos para introducir víveres a Puebla, pero le suplico calme a los que no comprenden lo que es la guerra y quieren que las cosas vayan al vapor. Para el acierto de las operaciones se necesita meditarlas bien y oportunidad al realizarlas.¹⁷

Cada vez llegaban más refuerzos a Forey y cada vez faltaban más a González Ortega, por lo que la desmoralización empezaba a cundir en las tropas mexicanas, por eso el Jefe de Oriente, angustiado, escribió a Comonfort (como su único conducto para hacer llegar a Juárez ese estado de cosas) una patética carta, según la cual la oficialidad mexicana estaba cansada de luchar:

...luchó con todas las dificultades que pueden imaginarse, a veces ando pidiendo 15 pesos para poder enviar un correo. He vendido hasta los espejos de Palacio para pagar los gastos de hospitales y de maestranza, pues como usted sabe, estos últimos son indispensables, pues sin ellos no habría guerra, ni yo tendría actualmente armas, porque ni cañones, pues aunque estos últimos ya existían, unos se me han desfogonado y otros me los ha desbaratado el enemigo. No tengo tampoco víveres y los que adquiero es con sacrificios inauditos y sin esperanza de conseguir otros para lo sucesivo y en cuanto todos me dicen que la tropa se muere de hambre, que la fuerza se desmoraliza por el hambre, que la fuerza se deserta por el hambre, etc., todo esto que es una verdad y que se exagera en circunstancias como las presentes me aflige de una manera extraordinaria. Además, desde hace 25 días me hablan muchos de los generales del ejército para persuadirme que era conveniente a los intereses de la República, del Ejército y del gobierno, salvar a éste, abandonar a Puebla... A todo esto contesté desde entonces de la manera más terminante y concluyente; que yo no me había propuesto jamás salvar el ejército sino el honor de la República y que sacrificaría a aquel si esto era necesario al honor de ésta, de cuya responsabilidad sólo me eximiría una orden expresa del gobierno. Los sucesos posteriores nos fueron favorables y yo en consecuencia cesé por algunos días de luchar con estas dificultades; pero hace seis días que se me presentaron en Palacio los señores generales que mandan las divisiones a una hora que yo no me esperaba, manifestándose por sí y a nombre de los otros generales y oficiales del ejército, la necesidad que había de abandonar la ciudad y salvar los elementos de guerra que fuera posible, fundando su manifestación en que no había víveres ni esperanza de que se nos remitieran; que no había recursos, que había perdido la moral nuestras tropas (ejército) como lo habían demostrado dos avanzadas y además cuarenta hombres de la fuerza de Guanajuato que se fueron con el invasor y otra fuerza de Durango que se sublevó también a favor de aquel y por último, que la idea del Ejército era abandonar a Puebla por temor de no verse expuesto él mismo a disolverse. Para salvar mi responsabilidad todos me ofrecieron su firma que colocarían al pie de una acta. Yo contesté a todo esto con razones que no contestaron y resolvía al mismo tiempo de una manera enérgica y terminante que yo no abandonaría Puebla mientras tuviera un cartucho y un mendrugo de pan que darle al ejército, esto es, mientras yo no tuviera que luchar con lo imposible... Mi resolución, pues, prevaleció sólo como un mandato. Digo a U. todo esto para que por su conducto llegue esta carta a conocimiento de los señores Presidente y Ministro de la Guerra con el

objeto de que sepan el estado en que se halla esta plaza, por ser de mi deber y para que en virtud de esto se sirva el mismo supremo Gobierno darme las instrucciones correspondientes para normar a ellas mis procedimientos... Por lo que respecta a víveres y parque, yo ya no puedo mantenerme por 8 días, aunque (fuera) dueño de toda la ciudad, como que lo seré. Los inditos que me mandó Aureliano por disposición de usted sólo me trajeron 90 arrobas de harina y galleta. El ejército gasta 2 000 raciones diarias de víveres. Le manda un abrazo su amigo y compañero que lo aprecia, J. G. Ortega. Aumento: Va con muchas correcciones esta carta. Dispénselos, amigo mío, pues debe U. suponerse lo ocupado que estoy y el estado en que debe estar mi cabeza después de haber pasado un día como éste. Los generales Paz, Mendoza, Berriozabal, Negrete, etc., lo saludan afectuosamente.¹⁸

Comonfort envió al presidente Juárez copia de esta carta, añadiendo una propia:

Te acompaño copia de una carta que acabo de recibir del señor general Ortega cuyo contenido, como verás, es de la mayor gravedad: por lo que a mí toca, estoy pronto a librar una batalla con la fuerza que cuento actualmente, ya sea para introducir víveres a la plaza, o para procurar la salida de sus defensores. Pondré en juego cuanto de mi dependa para asegurar su éxito: pelearé como bueno y haré que peleen lo mismo los que me obedecen. Tú comprenderás que un soldado no puede ofrecer más. Espero, en consecuencia, tus órdenes que cumpliré sin vacilar, y las que tengas que darle al S. Ortega; suplicándote únicamente, que hagas que el propio que conduce la presente esté de vuelta mañana a las 12 de la noche, cuando más, pues los momentos son preciosos y es menester aprovecharlos. No he querido hacer uso del telégrafo para comunicarte lo expuesto, porque ni es conveniente que se trasluzca la situación de Puebla, ni los movimientos que me toquen emprender...¹⁹

Estas cartas indujeron a Juárez a convocar una reunión de ministros que resolvió que el Ejército del Centro tuviera como "urgentísima obligación la de procurar introducir víveres y municiones suficientes para que no careciera de ellos el Ejército de Oriente..."; además de cuidar la línea de comunicación entre Veracruz y Puebla e interceptar la llegada de refuerzos a los franceses.²⁰

Esta delicada comisión no tuvo la suerte deseada y el fra-

caso de las batallas de Ocotlán y San Lorenzo Amecatlán, que eran los puntos por donde se pretendía introducir los víveres, llevaron consigo la derrota de Puebla y la lluvia de ataques a Comonfort, al que se hacía directo responsable de que Puebla no hubiera podido defenderse. Los periódicos desataron sus antiguas predicciones acerca del comportamiento de Comonfort, pero a pesar de esto Juárez lo apoyó decididamente:

El gobierno general que está plenamente satisfecho del valiente comportamiento de U. así como de la conducta que observó y operaciones que practicó para la realización del plan, no cree necesario sujetarlo a un juicio para depurar su conducta militar, porque sabe muy bien, que por más que los resultados no hayan correspondido al fin que se propuso, esta fue una lamentable desgracia dimanada de causas que no fue dado a U. superar y que disminuyó en lo posible por sus fructuosos esfuerzos para introducir el orden en la retirada al frente del enemigo. Lo que tengo el honor de comunicar a U. por expreso acuerdo del supremo magistrado de la Nación, cumpliendo esta orden con tanta mejor voluntad, cuanto que habiendo sido testigo en Puebla de Zaragoza de varios hechos importantes íntimamente relacionados con el movimiento de U., tuve oportunidad de observar que, faltando la cooperación de la plaza en un momento no combinado, dicho movimiento debería concluir forzosamente por un desastre...²¹

COMONFORT FUE, SIN DUDA, quien más sintió estos fracasos que le restaban la oportunidad no sólo de defender a la Patria, sino de morir por ella como lo hubiese deseado, en vez de contemplar la angustiada situación de la derrota. Se apresuró a renunciar al cargo de Jefe del Ejército del Centro, renuncia que le fue aceptada por Juárez, felicitándolo por el valor y empeño con que había tratado de cumplir su comisión y lamentando que la mala suerte le hubiese acompañado.²² Después de una breve licencia, Comonfort colaboró de nuevo con el gobierno de Juárez. Pero antes, veamos las opiniones referentes al sitio de Puebla.

En el parte que González Ortega dirigió al Gobierno explicó la derrota:

Primero, porque el mando del ejército se dividió entre dos generales: jefatura de Oriente y del Centro, lo que menoscababa su autoridad por los cargos políticos y militares

que había desempeñado Comonfort a quien consideraba con más experiencia.

Segundo, porque siendo el jefe del ejército del Centro el intermediario entre el poder Ejecutivo y la comandancia de Oriente, las órdenes y comunicaciones, a más de que se retrasaban, pasaban por la opinión de Comonfort.

Tercero, porque Comonfort guardó para sí los puntos claves por donde pretendía introducir víveres y armas no comunicándolo a González Ortega, lo que hizo que éste no pudiera apoyar sus movimientos. Tampoco aceptó sugerencias del jefe de Oriente para atacar en un momento preciso, sino que en vez de actuar inmediatamente, pedía órdenes al Ejecutivo, perdiendo con esto un tiempo valiosísimo.

En suma, la actuación de Ignacio Comonfort, según la opinión del general González Ortega, fue responsable de la caída de Puebla.²³

Cuando los franceses se abastecían de alimentos en los lugares cercanos a Puebla, pudieron observar los movimientos de los ejércitos mexicanos. Pronto se dieron cuenta de la calidad de las tropas destinadas a combatirlos:

...las fuerzas de Comonfort, inferiores bajo todos aspectos a las de González Ortega, fueron destinadas a hostilizar el ejército franco-mexicano, y éstas últimas [las de González Ortega] se encerraron dentro de las murallas con cuantos elementos tenían...²⁴

esperando que las tropas del Ejército del Centro les introdujeran los elementos necesarios para la lucha.

...Pero examinada la cuestión con la debida imparcialidad ¿qué podía hacer D. Ignacio Comonfort en obsequio de los sitiados cuando éstos se habían cortado a sí mismos toda comunicación?"²⁵

Forey, como un zorro, vigilaba todos los movimientos de Comonfort, y decidió atacarlo para cortar definitivamente toda comunicación a Puebla, ocasión que se presentó al aproximarse las tropas del ejército del Centro al pueblo de San Lorenzo donde fueron batidas por el general Bazaine.

Cuando los sitiados de Puebla se enteraron de lo ocurrido

a las tropas que iban a ayudarlos, cundió la desesperación, empezaron a dispersarse y González Ortega se preparó a entregar la ciudad en la forma más digna posible.

El comentario del lado francés es, por demás, irónico:

..en Puebla se encerró la tropa menos mala con que contaba el gobierno de D. Benito Juárez, dejando que por fuera expedicionasen las gentes de Comonfort, quienes de soldados sólo tenían el nombre...²⁶

La caída de Puebla puso casi automáticamente, en manos de los franceses, la capital de la República. El gobierno de Juárez emigró y para septiembre de 1863 había formado en San Luis Potosí un nuevo gabinete: Relaciones, a cargo de Manuel Doblado; Justicia en manos de Sebastián Lerdo de Tejada y posteriormente de José María Iglesias; Guerra bajo la dirección de Ignacio Comonfort, quien a la vez era general en jefe del Ejército de Operaciones —cargo con el cual murió—; y Hacienda bajo la administración de José Higinio Núñez.

Juárez, al encargar el Ministerio de Guerra a Comonfort, demostró que la confianza absoluta que le tenía no había disminuido con su infortunada actuación al mando del ejército del Centro. Nuevos y graves problemas tenía que resolver su ministro de Guerra: organizar un ejército, que se llamaría Ejército de Operaciones, destinado a combatir en el Bajío al invasor francés y a las tropas mexicanas que se le habían unido. Para ello, Comonfort gozó de amplias facultades que lo autorizaban a disponer de todas las fuerzas humanas posibles, ya fueran Guardia Nacional, Ejército u otras improvisadas en los Estados de México, Querétaro, Michoacán y Guanajuato. Para el sostenimiento de este ejército podían utilizar todas las rentas federales, impuestos ya existentes o nuevos, bienes nacionalizados, etc. Respecto a la autoridad militar, podía Comonfort modificar o cambiar el plan de operaciones aprobado por el Gobierno, nombrar y remover jefes y oficiales, dando cuenta de sus pasos por el ministerio respectivo.²⁷

No se descartó la posibilidad de que elementos mexicanos al servicio del invasor desearan volver a las fuerzas del go-

bierno, por lo que el ministro de Guerra estaba autorizado a admitir la sumisión de ellos, respetando sus personas y grados cuando lo creyere pertinente, salvando únicamente el decoro nacional y exceptuando de dichas garantías a los que hubieran militado en primerísimos lugares al lado del enemigo.²⁸

La misión de Comonfort no era exclusivamente de guerra, sino también de paz. A su muerte, López Uraga, general que lo sucedió en el mando del Ejército de Operaciones, preguntó a Lerdo de Tejada si tendría las mismas atribuciones que el antiguo ministro de Guerra, y de la contestación del ministro de Relaciones y Gobernación, se desprende que Comonfort tuvo, además, una misión diplomática que no llegó a cumplir, pues la muerte lo sorprendió:

...que no se habían dado facultades al C. Comonfort para iniciar de ningún modo oficial ni privadamente, sino tan sólo para oír las proposiciones que quisiere hacerle el enemigo: que aún para esto, se pusieron muy expresa y minuciosamente todas las restricciones exigidas por el interés y el decoro de la República y del Gobierno, que se le dieron tales facultades con el carácter de personales, y no trasmisibles a quienquiera que fuese su sucesor, porque sólo se le dieron en atención a que era miembro del gobierno como Ministro de la Guerra, circunstancia esencial en el caso para que cualquiera proposición del enemigo siempre se entendiera dirigida a un miembro del gobierno constitucional, que por los términos literales y restricciones de tales facultades, se limitaban a lo que se refiriese a un armisticio que el enemigo pretendiera celebrar, con objeto de abrir negociaciones de paz: que habiendo motivo para creer que en la reciente desgracia de la muerte del Sr. Comonfort se han perdido y pueden llegar a conocimiento del enemigo, algunos documentos relacionados con este asunto, necesita el gobierno seguir una conducta diversa para evitar los inconvenientes del conocimiento anticipado del enemigo; y ya por estas graves consideraciones no pueden darse las indicadas facultades al C. Gral. Uraga, a reserva de que, por la justa confianza que el gobierno tiene de él, le dará en lo de adelante, todas las que exijan las circunstancias.²⁹

La presencia de Comonfort y Doblado en el gabinete de Juárez provocó duros comentarios en contra del presidente, al que acusaron los liberales puros de entregar en manos de

los moderados el gobierno de la República, en momentos tan críticos, pues sospechaban que estos últimos sucumbirían ante el invasor.

Una vez encargado del ministerio de Guerra, Ignacio Comonfort discutió planes con el propio Juárez y su gabinete y marchó al Bajío con las instrucciones antes citadas. Iba el soldado, el diplomático, el amigo, en el cual Juárez cifró todas sus esperanzas de reorganizar un ejército y probablemente de llegar a un acuerdo pacífico con las tropas franco-mexicanas, pero la muerte cortó este último hilo del cual pensaban asirse los moderados para introducir un nuevo orden de cosas. Decimos moderados, porque ellos fueron los que se interesaron más en que la figura política de Comonfort volviera al poder en cualquier forma. Mérito muy grande es, para nuestro personaje, el haber mantenido una línea de conducta fiel al gobierno que le dio una oportunidad de reivindicarse ante su pueblo, rechazando las innumerables voces de deslealtad que llegaban a sus oídos, y sufriendo calladamente los ataques de la opinión pública.

La muerte de Comonfort, acaecida el 13 de noviembre de 1863, fue llamada por la *vox populi*, asesinato. Cuando Comonfort marchaba del pueblo de Chamacuero —que hoy lleva su nombre— a Querétaro, fue sorprendido por hombres al mando de los hermanos Troncoso que, aunque militaron bajo las órdenes del general conservador Tomás Mejía, saqueaban y robaban por su cuenta, y precioso botín debió parecerles el ministro de la Guerra de Juárez al que atacaron, partiéndole la cabeza de un machetazo.

La invasión francesa logró traer al seno de la Patria a un personaje que, combatido por todos los partidos políticos, olvidó a éstos y dedicó sus últimos esfuerzos a salvar a la nación de la invasión extranjera.

Una vez más quedó acéfalo el ministerio de la Guerra. Poco después, el gobierno de Benito Juárez emigró rumbo al norte, dejando San Luis Potosí. Atrás de él quedaron muchos cadáveres de mexicanos que sacrificaron sus vidas en la política nacional, y entre ellos, el de uno cuyas cualidades de hombre hicieron pasar por alto las que faltaron al gobernan-

te y al político, pues, según comentarios de sus contemporáneos,

...al paso que eran desaprobados y combatidos sus actos, respetábase su persona...³⁰

NOTAS

AHSDN: Archivo Histórico Secretaría de la Defensa Nacional.

BLTSH: Biblioteca Lerdo de Tejada, Secretaría de Hacienda.

CDIRHM: Colección de Documentos Inéditos o muy raros para la Historia de México.

¹ *La Estrella de Occidente*, periódico oficial del Estado de Sonora, Tomo IV, núm. 18, viernes 18 de octubre de 1861. AHSDN, XI/481.4/8294, f. 9v.

² Archivo General Ignacio Comonfort, carta de Comonfort a Sebastián Lerdo, Tula, Tamps., 8 de agosto de 1862. BLTSH, N^o 49644.

³ Comunicación del ministro de la Guerra, Miguel Blanco, a Ignacio Comonfort, México 30 de octubre de 1862. AHSDN, X/481.4/8808, f. 37.

⁴ Carta de Manuel Siliceo a Ignacio Comonfort, México, 31 de agosto de 1862. BLTSH N^o 49657.

⁵ Comunicación de Ignacio Comonfort al ministro Blanco, Tampico, Tamps., 23 de junio de 1862. AHSDN, XI/481.4/8767, f. 46.

⁶ Comunicación de Ignacio Comonfort al ministro Blanco, México, 8 de nov. 1862. AHSDN, XI/481.4/8844, f. 31.

⁷ Carta de José Ma. Lafragua a Ignacio Comonfort, México, 13 de julio de 1862. BLTSH, N^o 49672.

⁸ Carta de M. Ortiz de Montellano a Ignacio Comonfort, México, 2 de septiembre de 1862. BLTSH, N^o 49652.

⁹ Carta de Ezequiel Montes a Ignacio Comonfort, México, 5 de octubre de 1862. BLTSH, N^o 49679.

¹⁰ Carta de Ignacio Comonfort a Juan Antonio de la Fuente, San Luis Potosí, 11 de septiembre de 1862. BLTSH, N^o 49711.

¹¹ Carta de Antonio Bergino a Ignacio Comonfort, Méx., 19 de julio de 1862. BLTSH, N^o 49655.

¹² Comunicaciones del Ministro Blanco a Ignacio Comonfort, México, 14, 15 y 22 de noviembre de 1862; y de Ignacio Comonfort a Blanco, 15 de nov. 1862. AHSDN, XI/481.4/8947, fs. 25-27.

¹³ Comunicación del ministro de Hacienda al de Guerra, México, 14 de diciembre de 1862. AHSDN, XI/481.4/8875, f. 12.

¹⁴ Carta de Francisco Ortiz de Zárate a Ignacio Comonfort, Toluca, 12 de diciembre de 1862. CDIRHM, pp. 30-34, 36, 39.

- 15 Plana de jefes y oficiales del Ejército del Centro. AHSN, XI/481.4/8824, f. 3.
- 16 Parte de Ignacio Comonfort al ministro de la Guerra, San Gerónimo, 28 de abril de 1863. AHSN, XI/481.4/9102, f. 16.
- 17 Parte de Ignacio Comonfort al ministro de la Guerra, San Gerónimo, 21 de abril de 1863. AHSN, XI/481.4/9102, f. 91.
- 18 Carta de González Ortega a Ignacio Comonfort, Zaragoza, 25 de abril de 1863. AHSN, XI/481.4/9102, f. 6.
- 19 Carta de Ignacio Comonfort a Benito Juárez, San Gerónimo, 28 de abril de 1863. AHSN, XI/481.4/9102, f. 10.
- 20 El ministro Blanco a Ignacio Comonfort, México, 29 de abril de 1863, doc. cit., f. 233.
- 21 El ministro de la Guerra Felipe Berriozábal (tachado), a Ignacio Comonfort, México, 2 de mayo de 1863. AHSN, XI/481.4/9103, f. 205.
- 22 Comunicaciones del ministro Blanco a Ignacio Comonfort, México, 16 de mayo de 1863. AHSN, XI/481.4/9103, f. 175.
- 23 Jesús GONZÁLEZ ORTEGA, *La Defensa de la Plaza de Zaragoza en 1863*, México, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, 1881, pp. 4-109.
- 24 Tirso Rafael CÓRDOBA, *El sitio de Puebla*, Puebla, Imp. J. M. Vanegas, 1863, p. 35.
- 25 *Ibid.*, p. 39.
- 26 *Ibid.*, p. 133.
- 27 Comunicación de Lerdo de Tejada a Ignacio Comonfort, San Luis Potosí, 20 de octubre de 1863. AHSN, XI/481.4/9037, fs. 53-56.
- 28 Lerdo de Tejada a Ignacio Comonfort, San Luis Potosí, 1º de nov. de 1863. AHSN, doc. cit., fs. 57-58.
- 29 Comunicación de Lerdo de Tejada al Gral. López Uruga, San Luis Potosí, 22 de noviembre de 1863. AHSN, XI/481.4/9037, f. 35-39.
- 30 *El Pájaro Verde*, Tomo 1, Núm. 109, México, viernes 20 de noviembre de 1863.